

Nuevo Continente

Cuando salgo de casa por las mañanas el cielo al fondo de mi calle es rosa dulzón. Mientras espero al autobús, un techo de árboles atrapa el rosa entre hojas verdes, y tengo por un momento el impulso de querer vivir el día.

De camino a la oficina hay atasco, como todos los días. El autobús avanza dificultosamente entre el enjambre inquieto. Los coches tiemblan con la prisa y agitación de sus pilotos, atrapados en la prisión de asfalto.

Este es mi momento del día para leer. Mañana tras mañana, a base de atascos, desayuno libros, palabras y versos. Si las ideas pudieran verse, parecería que abarco todos los asientos de la última fila del bus. Resultaría una molestia añadida para las señoras con los niños tomados del brazo, camino del colegio, que a las ocho de la mañana hablan ya a disgusto unas con otras sobre cotidianidades anodinas. Cuando se acerca junio, hablan de las flores de plastilina y de los marcos de fotos hechos con macarrones que les han regalado por el día de la madre. Los padres, por su parte, hablan poco y se miran con distancia, y entre ellos surge una especie de respeto prudencial cuando sus hijos se sientan juntos y juegan a ver quién habla más alto y dice más palabrotas.

Cuando llega el momento de apearse y se abren las puertas del autobús, una corriente bochornosa de algo que no es aire invade de paladar a pulmones. Cuando me doy cuenta a tiempo cojo aire antes de salir. Fuera se respira una sauna de monóxido de carbono. El aire es denso. Coches y motocicletas avanzan apresurados entre los resquicios del bullicio, dejando su aportación al ecosistema, que a esta altura de la ciudad es un invernadero sofocante. Pasan tan cerca de mí que si cierro los ojos parece que voy a ser arrollado, y si abro la boca puedo saborear los tubos de escape.

El paseo entre la parada de bus y la oficina son cinco minutos cuesta abajo. El sol baña las hojas de los árboles, verdes y granates, jugando con sombras y resplandor, despertando un intenso fulgor en sus colores. Atrás va difuminándose el caos de coches y cláxones, gradualmente dejando paso a lo que parece una apisonadora en algún lugar cercano.

Con este ritmo, nuevos personajes van apareciendo. Una mujer sube la calle, llevando de la mano a un niño embutido en un pequeño uniforme deportivo. Varios jóvenes de barba usada andan pesadamente, hacia el distrito empresarial. Chicas de falda y taconeos y de vaqueros, moño y cabeza alta andan deprisa y con mala cara. Miradas cansadas a primera hora de la mañana.

En el libro que he estado leyendo hoy en el bus se habla constantemente de la noche; de las ánimas agotadas, transfiguradas, de comportamientos irracionales, de gente que con el paso de luz a tinieblas adopta otra mirada, otra disposición sobre sí mismos. Como si despertaran en la noche, empezando a moverse, empezando a “vivir”. Viendo caras a esta hora de la mañana, el despertar parece quedar muy lejos.

Un padre y su hijo avanzan a trote animado, en dirección opuesta a mí. Llegan tarde al colegio. El padre sonríe y coge al pequeño, de unos cinco años, rodeándolo con un brazo, y prosigue la carrera. Cuando pasan a mi lado oigo el borbotear de la risa del niño y al padre diciendo cosas alegres. Debe ser que en él, temprano en el día, aún sigue fresco el sentimiento tierno de saberse padre, de ver a un hijo existir, levantarse y desayunar. Me detengo para verles alejarse cuesta arriba.

Seguramente si este hombre hubiera cogido el coche por la mañana, esas caras no reflejarían lo mismo. Ya habría tocado el claxon un par de veces, y ya habría maldecido por bajo y alto al coche de delante, al ciclista que le adelanta por un lado, y al semáforo que nunca termina de ponerse en verde, mientras su hijo lo observa todo desde el asiento de atrás con ojos abiertos e incrédulos o distraídos y acostumbrados. Seguramente el despertar ya haría rato que se habría apagado.

La apisonadora sigue acompañando el camino mientras paso al lado de escaleras de incendio, talleres de coches con la boca abierta, y entradas de garaje de grandes y antiguos edificios empresariales. Viejos letreros anuncian entrada y salida de camiones. En las paredes vulnerables, un infinito de carteles pegados y desgastados y hechos jirones y descolorados anuncian conciertos de hombres bronceados de poca y ajustada ropa y circos en tour mundial. Adelanto un edificio esquelético al que no he conocido de otra forma, rodeado de grúas sin vida.

El cigarro de antes de entrar al trabajo se multiplica a las puertas de cada oficina. Mujeres y hombres intercambian miradas, impresiones y asentimientos, risas y

silencios cargados de humo. Se dicen nombres y cotilleos. Cada día puedo ir trazando una historia a partir de los fragmentos que escucho. La secuencia más popular es, sin ninguna duda: “¿Qué tal?”; “Pues bueno, a ver qué tal hoy”.

Una sirena de agentes de orden se pierde entre apisonadoras.

Junto a mi oficina hay un solar vacío, bordeado por restos de muros caídos y vallas publicitarias. Entre las chapas de acero que lo aíslan se puede ver el desértico terreno, con brotes de arbustos ni deseados ni reprochados, que emergen de la tierra aquí y allá como pelos desesperados negándose a la calvicie. Los grafitis visten las paredes de los muros caídos, mezclándose con la pintura de un antiguo garaje. Un inodoro yace inocentemente entre arbustos y tierra seca. El edificio contiguo se encoge sobre sí mismo como evitando el terreno del solar, repelido por el fantasma del desaparecido. Toda la vida y jornadas que habitaban este trozo de mundo cuando era un mundo en las alturas están ahora extintas entre tierra y asfalto. Y, si queda alguien para recordarlo, en alguna memoria.

Llego a mi oficina. Subo por las escaleras los cuatro pisos. Jadeante y orgulloso de la hazaña, como todos los días, entro por fin en los dominios de la empresa. Saludo a la gente y me siento en mi escritorio. Hoy no hay clientes que visitar.

Tras el trabajo viene el descanso. Mis compañeros y yo bajamos en ascensor hasta la calle, donde cada cual desenfunda sus cigarrillos. El señor Viento me ofrece mecha y llama. Después, con su mirada tranquila, empieza a toser y a elaborar frases hechas sobre el cansancio y el trabajo. Luego repasa algo en el móvil y escucha atentamente a los demás.

El señor Fuego es un hombre complicado. Es de bien entrados los treinta, viste siempre con arrugas en el traje y en la corbata, y nunca dice una sola palabra. Se limita a mirar, preferiblemente hacia el horizonte (que, en esta altura de la calle, solo puede abarcar hasta una rotonda o un solar abandonado), siempre serio, como si supiera todo de lo que se ha hablado, de lo que se habla y de lo que se hablará, y no tuviera por ello necesidad de pertenecer a ninguna conversación. Cuando se le puede oír hablar es cuando se desata el incendio: de vez en cuando, al bajar a la calle, puede uno encontrarse a un hombre gritando por el teléfono con voz cruel y amarga, de una gravedad desproporcionada frente al silencio en el que siempre permanece. El señor Fuego solo parece interesarse por el infierno. Cuando se da el caso, los demás señores y yo nos miramos intranquilos, aun en la costumbre, delante del espectáculo. Nadie hace broma sobre ello, ni antes ni después.

El señor Viento es más cercano. Es bajito y rechonchete, canoso, y lleva dos círculos perfectos por gafas, tras los que esconde una mirada perdida, ligeramente estrábica. Acostumbra a hacer chistes que suelen conquistar a público y crítica.

El señor Agua es un extraño individuo. Es, físicamente, corpulento hasta parecer no caber dentro de su camisa. Cuando fuimos a su casa de barbacoa el verano pasado tuve la ocasión de verle fuera del traje, en camiseta. No parecía que hubiera ningún material en el mundo capaz de soportar la tensión permanente de aprisionar sus brazos y su ancho cuello. Su cuerpo parecía un paisaje paralelo a la ciudad, una roca más en el campo.

El señor Agua es de nariz roja y picada, abultada y arrugada, como si la hubieran apretado y retorcido y luego la hinchazón se hubiera quedado para siempre. Frente a sus ojos chiquitines y hundidos y sus enormes cejas, el espectáculo de su cara es de registro poco común. Existe, al caso relacionado, una teoría sobre su pasión por la bebida; se comenta que los fines de semana agota lo que los otros cinco días lleva secándole. Son habladurías.

El señor Agua fuma como si lo hiciera a escondidas; mira hacia los lados, con un nerviosismo oculto en la invariable mirada serena que siempre lleva encima. Parece que no quiera que le vean, no ya fumando, sino existiendo. A veces parece esconderse detrás de las columnas, justo cuando va a acabar el cigarrillo. En estos

momentos le imagino poniéndose una gorra y una gabardina de plástico y marchando a la puerta de un estadio a registrar bolsillos en busca de droga.

Cuando habla, el señor Agua te mira a los ojos desde las profundidades del abismo en el que los suyos se hunden bajo las cejas. Pero mira sin mirar, como quien mira a un cactus, o a una tortuga andar, o un espectáculo callejero.

Es un orangután confinado en cuerpo de hombre. Su mirada indaga entre asfalto y hormigón como el que busca plátanos entre lianas y ramas de árboles. En la apagada serenidad de sus ojos parece intuirse una permanente nostalgia de su hábitat natural.

El señor Tierra... La verdad es que es mejor no hablar del señor Tierra. Se le puede olvidar a uno que existe y que está ahí cuando se le tiene a dos palmos. Sin embargo, tiene el nombre elemental que tiene porque siempre está presente. No se pierde un descanso; ni un café, ni una fumada. Aunque no diga una sola palabra. Es como el señor Fuego: calla mucho, pero está siempre. Aunque este sonrío de vez en cuando.

A mi me gusta considerarme entre mis compañeros el señor Nubes.

El señor Viento cuenta un chiste. Todos reímos, menos el Señor Fuego, que permanece en ese estado intermedio entre pertenencia y ajenidad. En cierto modo resulta incómodo tenerle cerca, con la duda de si está o no está con nosotros. Por otro lado, su presencia resulta agradable; es como si un imposible accediera a relacionarse con nosotros, lo inesperado; como mirar al vacío y que el vacío te devuelva la mirada y suba desde lo oscuro hasta situarse a tu lado.

Solo cuando la conversación alcanza un punto de silencio que llega a ser incómodo, incluso dando varias caladas, distingo el sonido de la apisonadora a lo lejos, calle arriba. Desde ese momento no consigo quitármelo de la cabeza, y permanece alfombrando cada frase posterior. Todo lo que se cuenta y se mira tiene tarareando por debajo una capa de erres violentas destrozando el suelo de un lugar próximo.

Fin del descanso y volvemos arriba. Cuatro pisos con mis compañeros en ascensor.

Mi jefe, el señor Roca, se pasa a eso de las doce. Sonriente y apasionado, cruza la oficina saludando y dando palmaditas en la espalda, preguntando por mujeres e hijos, sin quitarse la gabardina ni dejar el maletín. Cuando la procesión ha terminado, se mete en su despacho y desaparece en su Cubículo de las Bermudas, del que no se sabe qué entra y qué sale ni qué sucede dentro.

Llegada la una y media, he terminado todo el trabajo. El señor Viento ha salido a atender a un cliente, y los demás todavía parecen atareados. Salgo al balconcito de la oficina a respirar.

El día está tranquilo. El sol acribilla desde lo alto. Al fondo, entre tejados y rascacielos, el cielo va derramándose desde azul a gris verdoso, de lo infinito a lo terrenal. Grandes edificios de cristal se reflejan en grandes edificios de cristal. Las hojas de los árboles, ahora de un verde reposado, juegan a esconder transeúntes casuales. Los coches no dejan de circular. Me esfuerzo por buscarlo, pero no hay rastro del ruido de la apisonadora. En el solar desértico, una rampa de hormigón se sumerge en la nada, esperando coches que nunca llegarán.

Distingo una figura negra cuatro pisos más abajo, paseando inquieta, sin rumbo, a zancadas que constantemente cambian de ritmo, moviendo rápidamente las piernas a trompicones. Parecería un naufrago en asfalto, queriendo dibujar un mensaje de socorro al cielo con sus pasos. Su voz alta y grave penetra con la misma intensidad que cuando se presencia la escena de frente. Es el señor Fuego gritando al aparato. Da cierto respeto preguntarse a quién estará asaltando con esa agresividad. Quién aguanta eso todos los días.

El señor Fuego es el primero que fue bautizado con un nombre elemental. Más tarde han ido apareciendo los demás apodos. Con todo ese misterio, secretismo y rabia incendiaria guardados bajo el traje, merecía la pena recordar el infierno cada vez que se pensara en él.

Durante la comida, sentados en la terraza de un restaurante, seríamos hormigas para el observador del cuarto piso. Alguien comenta que, siendo viernes, podríamos hacer algo esta noche. Con cierto reparo y respeto al vacío que es la incertidumbre, accedo. Esta noche nos juntaremos el señor Viento, el señor Tierra, el señor Gardenia, el señor Panda, y yo. El señor Agua lo deja en que lo pensará; intuyo que el miedo al vacío ha vencido en él. El señor Fuego no dice nada. No tengo claro si ha llegado a sentirse invitado. Solo mira con expresión dura y ausente. Su frente aún guarda la vena salvaje del último asalto telefónico.

En la vuelta a casa siempre retomo la lectura, pero es más difícil concentrarse. El cielo cayendo tras la ventana me absorbe, y dejo de prestar atención a letras y palabras. Se acerca el invierno y anochece antes, y el mundo se hace negro y naranja a la luz de las farolas.

Llego a mi portal. El portero no está. Subo las escaleras hasta el tercero. Se oyen gritos de la vecina de arriba, una mujer que vive con un joven barbudo y en paro, hijo de ella y de otro hombre al que nunca he tenido ocasión de ver.

Cuando entro por la puerta de mi casa aparece ante mi el reino de las sombras. Todo lo familiar que he perdido de vista durante el día ahora está invadido por un halo de misterio, como volver a un lugar que se creía olvidado, pero sin la fascinación que dan los años de distancia. Mi casa está sumida en las tinieblas, con un mínimo reducto de luz artificial entrando por la terraza. Los sofás y la mesa del salón están cubiertos del polvo místico que une la oscuridad de un hogar solitario y la reminiscencia de un mundo exterior que no se apaga.

Me quito el traje y me visto para estar por casa. La nevera me sonrío con muchos dientes y poca comida. El menú de esta noche es un huevo frito con media tortilla que dejó el otro día mi madre cuando vino a comer. Me dispongo en la mesita de la terraza con un libro.

Mi terraza es apenas abarcable con metros cuadrados. Me da el espacio suficiente para encajonar una mesita y una silla con dos patas dentro del salón y dos fuera.

Hay una tranquilidad inexplicable en cenar en mi terraza. Es, junto con el viaje en autobús de por la mañana, uno de mis momentos favoritos del día. Hay una paz insólita en el estar inmediatamente delante de un mundo tan oscuro, respirando de él. Dentro de esta paz hay vida en movimiento. A estas horas se ve gente por la calle con voz altiva, pasos resueltos; personas que empiezan a despertar.

A los dos lados de mi terraza, un par de metros más allá de la barandilla, dos árboles centinelas cobijan el tesoro de la visión portentosa del cielo. Esta noche está teñido de naranja purpúreo, con los colores de la luz civilizada. Inexplicablemente, el infinito absorbe lo mínimo, lo insignificante, la obra de lo humano. Los sabios de la antigüedad blasfemarían sobre mi cordura si viajara al pasado y les contara que los tintes del universo terrestre son vertidos en lo alto. Ante el telón opaco que cubre el cielo, me sobreviene el recuerdo de las noches que preceden a un día de lluvia, cuando el cielo está limpio y parece que se pueda llegar a ver blanca la luna.

Ceno a ritmo tranquilo, degustando a intervalos pan con yema y las travesuras de un audaz vendedor de naranjas que recorre el mundo entre páginas. Un ruido despierta a lo lejos y acompaña la travesía de mi paladar, haciéndose cada vez más cercano y más fuerte. No descansa por un segundo. Cuando comienza a obstruir de forma insoportable el fluir de un párrafo a otro, dejo el libro a un lado y me incorporo para asomarme por la barandilla, en busca de la fuente del ensordecedor ruido. Suena a un motor de movimiento incesante, lento y pesado; cada diez segundos, dos bocinazos de alarma nuclear se suman al concierto. Me siento de nuevo, en espera desesperada. Prosigo con la cena sin levantar de nuevo el libro; lo único que puedo pensar ahora es que en cualquier momento el protagonista va a ser acibillado por un ejército de aviones de caza, o a quedarse sordo para siempre. Entre agua y tortilla descubro el origen de la tormenta. Una mole grisácea, con manchas de óxido y viscosidad seca, avanza sobre ruedas con el ritmo de las nubes en el cielo. Dos hombres dirigen en la cabina frontal la enorme bestia. Cuando el trasero del monstruo aparece, se puede ver a otros dos andando detrás de él, arrastrando contenedores de basura. Cuando ha atravesado la mitad del mirador de mi terraza, se revela una enorme epiglotis con la forma e higiene de un túnel subterráneo, alfombrado en las paredes internas por restos gelatinosos colgantes y relieves infestados por la luz y sombras de la calle. El monstruo se detiene delante de mi barandilla, mesita, plato y libro, y el depósito es cargado con dos mecanismos que absorben los cubos alzados por los hombres y engullen un océano de sacos multicolor. Toda la escena vestida de pestilencia, de un olor templado, que se hace fangoso al penetrar en la nariz.

Tras la cena, ducha, ropa y a la calle.

Avanzo a toda prisa hacia la estación de autobuses, donde muchas vidas empiezan el camino de cada día. Es una plaza circular cubierta por un techo de chapa, alrededor de la cual orbitan en un baile intermitente autobuses que se paran, se fuman su cigarro y emprenden de nuevo el viaje. La noche se balancea en el extremo de la vida habitual y el comienzo de lo extraordinario. La estación está llena de gente sentada en bancos, caminando de un lado al otro, subiendo y bajando de coches y autobuses. Quien camina solo está serio; los grupos están con el ánimo del preámbulo de una noche.

Las voces y el murmullo continuado burbujan entre las multitudes de gente sola y acompañada. De todos los que recorren apresuradamente la estación, la mitad va sepultada en unos auriculares, y la otra mitad se reparte entre los que miran al suelo, los de ceño fruncido y los que conversan animadamente. Alguno habla solo con los cascos puestos. Cuatro personas sentadas leen un libro. Me dirijo a los bancos del centro de la plaza para unirme a ellos; mi autobús aún no ha llegado.

Entre frases rotas peleando por sonar más fuertes que las de al lado se escucha un inesperado tintinear. En un rincón de la plaza, a media órbita entre los bancos del centro y la orilla donde acampan los autobuses, un chico alto y delgado está sentado frente a un teclado con unos altavoces. Una música suave y tranquila, respirable como un día en el campo, se eleva tímidamente entre el caos del devenir. Me acerco, movido por una intuición inexplicable.

Un grupo de chicos discute junto al solitario piano. Sus argumentos, sepultados entre las interrupciones de uno al otro y las respuestas cortantes, bailan en descompás junto a la melodía. Unas pocas monedas se extienden como si hubieran caído por accidente sobre una funda negra tendida en el suelo, junto al teclado. El chico avanza en el concierto sin reparo: parece que todo le es irrelevante alrededor del instrumento. El mundo enigmático de la música fluye, como sin advertir o interesarse por el mundo que no para de girar. Yo me he parado. Querría hacer entender al joven músico lo que implica esta hazaña. Pero él no parece captar siquiera mi presencia: cuando no tiene los ojos cerrados, no aparta la vista del teclado, como poseído por una fuerza mayor incomprensible para el mero espectador.

Llega el autobús, y conmigo suben varios grupos de jóvenes con bolsas de plástico en las que entorchocan botellas con un tintinear como el de los hielos bailando en una copa. Todos ríen muy alto y se interrumpen tanto o más que en la estación, formando en el autobús un gallinero a puerta cerrada y perfectamente alumbrado. Yo me siento en la parte de atrás y, cuando por fin arranca, me dedico

a observar por la ventanilla el mundo de la periferia desaparecer e integrarse poco a poco con el corazón de la ciudad.

La noche es más clara y el cielo más maquillado según van apareciendo los barrios del centro. Mirando hacia arriba, entre edificios, la única estrella que brilla en el cielo púrpura es el destello intermitente de un avión.

Bajo del autobús en la estación central de la ciudad y me dirijo a la plaza donde he quedado con el señor Viento, el señor Tierra, el señor Panda y el señor Gardenia. Una vez superada la fase del vértigo hacia lo desconocido, de acercarse a un plan por el que no se tiene un entusiasmo excesivo, ya en tierra, inmediatamente delante de la velada, la sensación que queda es una especie de indiferencia soporífera que sobrevuela por encima de cualquier expectativa sobre la noche.

En lo más transitado de la zona plagada de luces y actividad nos juntamos todos los señores. A partir de ahí empieza una travesía marcada por los chistes del señor Viento, las observaciones climáticas y de similar contenido del señor Gardenia, que no se pronuncian a favor o en contra hasta que alguien más hace ver su inclinación valorativa, las alusiones constantes del señor Panda a los coches que le gustaría tener, al sonido de los motores y a sus cuñados, primos y sobrinos y a la diversidad laboral en su familia, y el silencio del señor Tierra, roto por su discreta risita en ciertos momentos.

La noche transcurre entre un bar, la calle, otro bar, la calle y una tentativa de volver a casa. Pasamos por una avenida estrecha en la periferia del distrito central cuando me detengo bruscamente ante la llamada de uno de los compañeros. Para mi sorpresa, se trata del señor Tierra.

-Oíd; ¿ese no es Fernando? - señala hacia el cristal de un bar.

Nos acercamos. Ocupando el ancho de dos taburetes y sentado sobre uno, con los codos apoyados en la barra, la cabeza alta y mirando al frente, se encuentra, efectivamente, el señor Agua. Delante se erige una botella de licor y un vaso medio lleno. Él parece estar perdido en el mundo de siempre, probablemente soñando con troncos de árboles y frutas tropicales.

Todos nos miramos. Gardenia y Viento ríen. La visión confirma de algún modo la sospecha que siempre ha sido chismorreos especulador; de pronto, la nariz roja y abultada parece cobrar un sentido; el fondo nostálgico de sus ojos adquiere un cariz ridículo, casi cómico.

Nadie sabe qué hacer. Alguien propone que entremos a saludarle. El tono burlesco de la propuesta me hace ni querer considerarlo. Entre los rasgos simplones del señor Agua, ahora pobres y rebajados a lo patético, sigo pensando en la mirada triste y perdida y en sus palabras vacías de fuerza y significado. La tristeza se impone a cualquier otra bufonada. Empiezo a andar para alejarme del sitio. Unos cuantos pasos dados y he dejado de escuchar las voces de mis compañeros. Me doy la vuelta. El señor Tierra es el único que sigue fuera, sujetando la puerta abierta del bar, mirándome como esperando un dictamen que guíe su siguiente movimiento, una frase alentadora hacia un camino u otro. Vuelvo sobre mis pasos.

El señor Agua es rodeado de frases ebrias y socarronas. Su cara entera está roja, como si toda su corpulencia le abotonara hasta el cuello, aprisionándole, sin dejarle respirar. Habla mucho, siempre titubeante, pero aparentemente seguro de que está hablando con sentido. No dice más que tonterías. Su mirada, aun así, no deja de ser triste, incluso riendo cuando los demás se burlan de él. Los chicos deciden quedarse a tomar algo. Yo anuncio mi retirada con un bostezo.

Elijo una ruta tranquila en mi camino de vuelta. Los grillos nocturnos salen de algún bar a cantar sus odas al alcohol y las mujeres, tambaleándose sobre el empedrado, rozando en ocasiones la calzada con las rodillas.

En la estación central de autobuses me siento a esperar el nocturno que me lleve de vuelta a casa. El aire es frío y pica en las mejillas.

La sensación de indiferencia hacia la velada se ha ido transformando a medida que avanzaba la noche en una sumisión conformista, como aceptando que nada de lo que pudiéramos haber hecho habría sido capaz de contentarme.

El inmortal parpadeo del ámbar en los semáforos inquieta mi espera llevándome a los nervios. Los coches pasan cerca, llenando el silencio de la noche de ruidos *in crescendo* de caucho frotándose contra el asfalto que se repiten, uno tras otro, y se pierden seguidamente, dando paso a nuevas rondas. Queriendo respirar un poco, camino dando vueltas pequeñas sobre la calzada de la estación. Uno de los *in crescendo* se detiene a medio camino, en el punto agudo y penetrante del sonido, cuando más cerca está y más alto suena; el ruido se deshace en un derrape afilado y un golpe seco.

Recuerdo por un instante el sonido de las bolsas de los chicos del autobús, como copas brindando, chocando gravemente.

Un coche girando alrededor de la estación se ha estampado contra el de delante, detenido en un semáforo. Me acerco al escenario junto con algún otro curioso. La emoción de lo inesperado acude súbitamente. La puerta del conductor del coche de detrás se abre y del vehículo sale una música atronadora y repetitiva y una joven muy delgada, que se lanza a zancadas a ver el daño en su coche. Aparece el conductor del coche de delante, un hombre en sus cuarenta, con barba y barriga. Empiezan a discutir con la música del coche de ella sepultando sus gritos. Ella tiembla y llora y se vuelve a meter en el coche, sellando la música de nuevo. Arranca el motor y sale disparada, rozando de nuevo el coche de delante. Uno que pasa por el carril de al lado frena justo a tiempo para evitar embestirla. La chica desaparece con el ruido de un motor y de una canción envasada.

El hombre del coche accidentado, que ha dispuesto de poco margen de reacción, mira a su alrededor, como si no entendiera. Algún transeúnte se le acerca y empiezan a quejarse juntos y a poner verbalmente a la chica en su sitio. Después de saciar mi curiosidad con sus frases histéricas, sentenciosas y aplastantes, decido alejarme de la estación, de los coches, de todo, hacia la nada de la oscuridad vestida de luces, esperando no encontrar a nadie despierto. Recorro un primer tramo del trayecto de mi autobús a pie, hasta cansarme. Entonces me siento en una parada a esperarlo de nuevo.

La vuelta es silenciosa y cargada de gente. El autobús está lleno de poca juventud, de miradas tristes o indiferentes, de gente cerrando los ojos ante la tentación de abandonarse al reposo y terminar antes el día.

Cuando bajo en mi parada, las farolas ya se han apagado y el cielo empieza a dejar atrás las sábanas de color púrpura anaranjado para vestirse de rosa. Un líquido denso como la miel se vierte sobre la línea del horizonte.

El portero me sonríe al pasar. “Hola, Pablo” dice sonriendo, y lo contagia. Hace semanas que no le veo. Creo que hablamos una vez. Yo no recuerdo su nombre. Ni siquiera recuerdo habérselo preguntado nunca. ¿Cómo puede él acordarse del mío?

Subo las escaleras y entro en mi casa, encontrando de nuevo sobre mis muebles el polvo místico, esta vez teñido de rosa. La visión me deja paralizado, y siento que algo crece por dentro, como si mi cuerpo se hubiera dormido y mi alma, por su lado, despertara.

Avanzo hasta la terraza. Sobre la mesita un libro abandonado ha dado la espalda a la noche, refugiándose en sus textos. El cielo se levanta ante mis ojos; el sol empieza a jugar con la sombra a esconderse y dejarse atrapar, subiendo entre ladrillos y ventanas viejas, escapando de la prisión del horizonte hacia la inmensidad de esta mitad del mundo. Observo todo a través de un cristal sucio y olvidado, que ni siquiera es posible limpiar con lágrimas.

Mis ojos se llenan de un rosa nostálgico que estalla en sangre y fuego, para después evaporarse en la tranquilidad azul de todos los días.

Durante un amanecer me quedo en pie, con el corazón de rodillas, rendido ante el deseo de flotar y seguir viendo y escuchando, pero desde una visión más elevada y limpia, donde ver el patio de recreo de ruido y sombras, y la luz que lo despierta, que saca de sus casas a la gente y las viste por la noche de recuerdo; y ver, como un padre por las mañanas, a su hijo existir, levantarse y desayunar.